

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

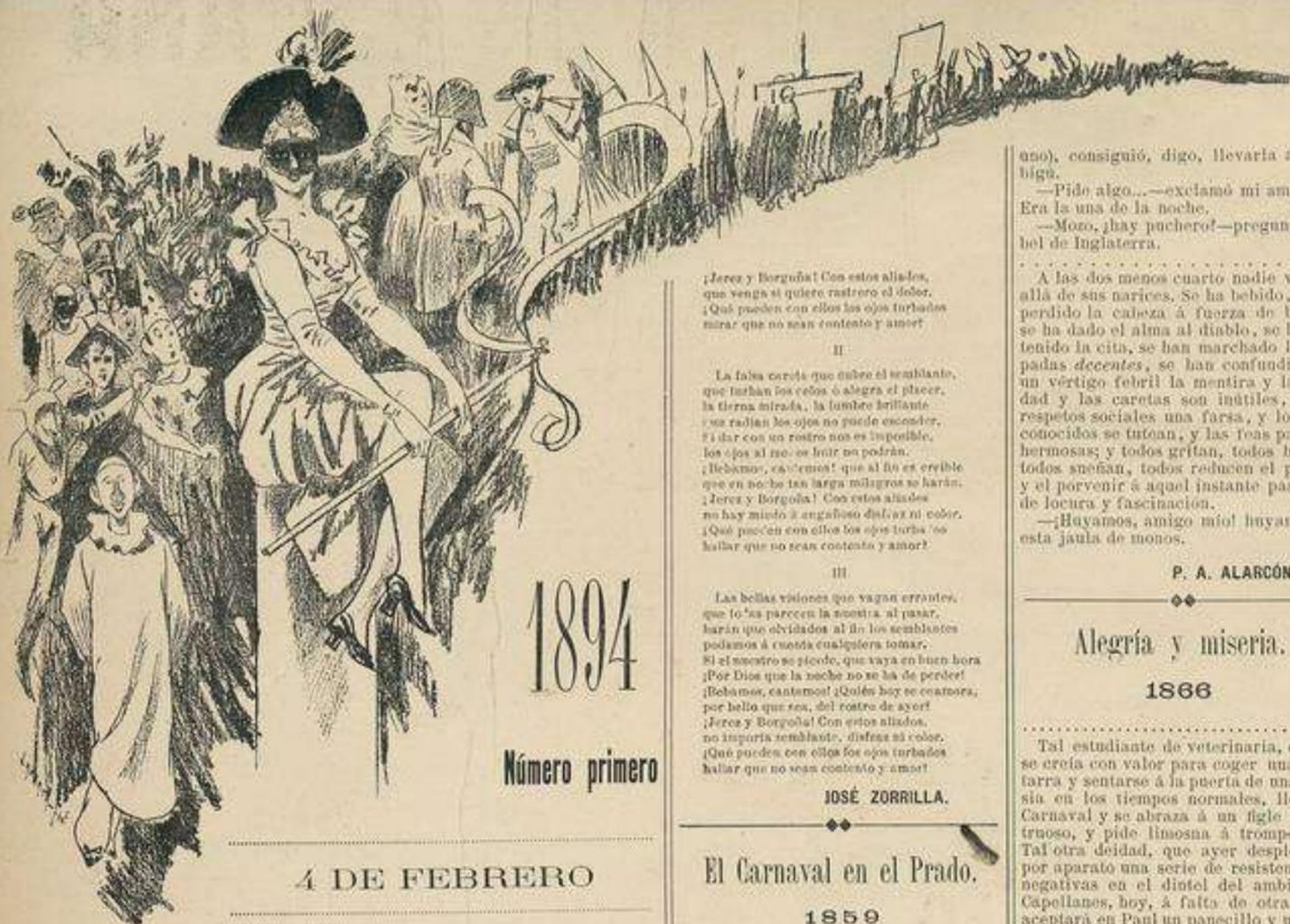


El papel de este periódico procede de
LA PAPELERA ARAGONESA
SOCIEDAD DOMICILIADA EN ZARAGOZA



Dibujos - J. Taberner

Compañía de Imprenta y Edición - Zaragoza



1894

Número primero

4 DE FEBRERO

EL CARNAVAL

AYER Y HOY

El entierro de la Sardina.

1839

..... Anuncio ó Vademecum que me entregó el calorero á tiempo de darnos á la vela y en menudado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un sí no es inexperta y vacilante, decía:

«Porgama de la solene funcion y estupenda asonada que á é celebrarse el miércoles de ceniza de esta corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios (desde las Vistillas de San Francisco á la iglesia de San Lorenzo), saliendo la procesion den cá el tío Chispas el taernero, crofada mayor de la Sardina con el intierro de este animal y too lo demas que aquí se relata.»

..... Procederemos en la descripción por el orden siguiente:

Rompian la marcha, bailando hacia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas á los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de picarros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del fofo funda su futura causa de gloria y los caminos y canales su inmediata prosperidad...

Entonaban los unos un cántico endiablado... mojabán los otros sendos ó cobones en calderos de vino, con que hacían un profundo asperges en la devota concurrencia...

Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro ó seis gatazos negros, atados por la cola ó por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto á guisa de pendones...

Descollaba después un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarra y colorado guardapiés...

Seguían luego los maestros de ceremonias; caras rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravación; pliego de aletuyas de la vida del hombre malo; fascículos de los caprichos de alcaza y original, en fin, de los sainetes de Cruz...

Sostenido en hombros de los más autorizados y en un grotesco ataud, se elevaba la figura bamboche, formada de paja y con vestido completo, el cual pellele era una vera effigies, por su traje y hasta sus facciones, del Sr. Marcos, marido y conjunta persona de la Cruzca...

En la boca del pellele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una misera sardina iba destinada á la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras más importantes, en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedían, seguían ó esperaban á tan regia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos coros ó estaciones.

En tan amable desorden, y con la progresion que es consiguiente al continuo trasego del mosto desde las botas á los estómagos, descendió la imponente comitiva hacia la puente Totodana, siguiendo á lo largo por las frondosas orillas del canal y dándosele una biga así de la elegante capital que dejaba á la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba á su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó, en fin, con toda solemnidad; ni se

economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el misero peccecillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de terrón; el pellele del tío Marcos ardió ostentosamente encima de una elevada pira, y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, callaron las lenguas, hablaron lo garrotos, y para que nada faltase á la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes, á la luz de las llamas, se entregaban mutuamente á la más encarnizada pelea.....

MESONERO ROMANOS.

SATIRA

1845

Ayer cierto doctor, hombre profundo, con tetrico semblante me decía: «Perpetuo Carnaval es este mundo.

«Tal vez á la infernal hipocresía de la piedad cobija el sacro velo, y en la humildad se esconde la codicia.

«Máscara de amistad visto Juanola, que hoy te acaricia, y forjará mañana contra tu honor anónimo libelo.

«Tal vez entre la turba cortosana fidelidad parece la lisonja, y color ardiente la calumnia insana.

«Aquel que siente escrúpulos de monja así por la puerta pasa del teatro, así de los hijos prodigos esponja.

«Don Luis, que dice á Laura: Te idolatro, esa máscara también; que su falsa banda á casa de tros y engaña á cuatro.

«Y mujeres sin fin te nombra ena, con ungüentos que inventó una bruja, sostienen una cara cada día.

«Juan, que andaba no ha mucho á la granuja, de noble patriotismo se disfrazó y es del orario público sangaja.

«Máscara lleva aquel que de su raza la nobleza desmiente, y en su mano no sentirá mal una alcohaza.

«Y máscara también el publicano que con plamas de estudiada paloma sgarras esconde de rapaz milano.

«Y aquel... Mas calla ya, que me conmuevo, y me ciega el faror, y en esta era sé prodigar verdades no me atrevo.»

Dijo el doctor, y echó por la otra acera; y me guardó las vueltas, y con maña on un burdel entró. ¿Quién lo creyera!... Muchos doctores hay de esta calaña.

BRETÓN DE LOS HERREROS.

EN LOS BAILES DE VILLAHERMOSA

1848

(Venió y enterrem á los viejos pecares debajo la alfombra, y estrémós después bailando sobre ella, to cuantas vulgares, cual gente que lleva la vida á los pies el Sr. Marcos sin fuerzas el Lío es maritimo, Jerez y Borgoña calor nos daran; bebamos, cantemos, que el alba se viene y es corta la noche según nos la dan.

Jerez y Borgoña! Con estos aliados, que venga si quiere rastreó el dolor, ¿Qué pueden con ellos los ojos turbados mirar que no sean contento y amor?

II

La falsa careta que cubre el semblante, que tumban los celos ó alegra el placer, la tierra mirada, la lumbre brillante; su radiar los ojos no puede esconder, si har con su rostro nos es imposible, los ojos al no- os loir no podrán. ¡Bebamos, cantemos! que al fin es creible que en no- los sea larga milagros se harán. Jerez y Borgoña! Con estos aliados, no importa semblante, difusa el color, ¿Qué pueden con ellos los ojos turbados hallar que no sean contento y amor?

III

Las bellas visiones que vagan errantes, que lo- las parecen la muestra al pasar, harán que olvidados al fin los semblantes podamos á cuanta cualquiera tomar. Si el momento se sordo, que vaya en buen hora ¡Por Dios que la noche no se ha de perder! ¡Bebamos, cantemos! ¿Quién hoy se contara, por bello que sea, del rostro de ayor? Jerez y Borgoña! Con estos aliados, no importa semblante, difusa el color, ¿Qué pueden con ellos los ojos turbados hallar que no sean contento y amor?

JOSÉ ZORRILLA.

El Carnaval en el Prado.

1859

Las damas llevan la cara descubierta. Los hombres más elegantes van vestidos de mujeres y con la cara tapada. Ellas pasean en coche ó á pie, ó están sentadas en las sillas del Ayuntamiento. Ellos se hallan á un mismo tiempo en todas partes.

El pueblo, por su parte, acude con danzas, estudiantinas y mogigangas. Entónces aparece también la mascarada política, la filosófica, la epigramática en el orden moral. Trajes fantásticos, ingeniosas caricaturas, burlas sangrientas, tipos cómicos, biografías en acción; nada falta en el gran escándalo de estos días.

Uno pronuncia discursos; otro os dirige á voz en grito apostrofes, que os ponen colorado; quién os nombra, quién os señala con el dedo; cuál os adula, cual otro os manifiesta todo lo que os conviene saber.

Estas máscaras pregoneras, que son las más terribles, suelen ir hasta en coche ó asaltar al primero que encuentran; á veces van á caballo; hablan con las gentes que ven en los balcones, penetran en algunas casas, acuden á los cafés, paran á los transeúntos; nada perdonan, en fin, de cuanto puede contribuir á su tremenda incontrastable soberanía.

Tal es el Carnaval en Madrid, donde á consecuencia de nuestras revoluciones y aun de nuestro carácter nacional, la sociedad se compone de un solo vastísimo círculo que incluye todas las clases cultas, y en que todos se conocen y tratan... Es una innumerable tertulia de personas que se aman, se temen, se odian ó se necesitan; en la cual se ha apagado la luz y andan las gentes á tientas diciendo verdades como puños y relajando en lo posible los vínculos estrechos de las conveniencias sociales.

P. A. ALARCÓN.

Los bailes de Capellanes.

1859

Ya hemos llegado. Comience usted á admirar prodigios...

El primero es de baratura... Lo digo porque la entrada cuesta diez reales. La salida... es á gusto del consumidor.

Penetremos en el paraninfo ó para... niñas.

Aquí tiene usted un salón cuadrado, sostenido el techo por cuatro columnas, y muy semejante á un gran patio de Andalucía.

En el espacio comprendido entre los cuatro cenadores, se baila... ¡Porque eso que mira usted asombrado es bailar!

Alrededor se ama á cuarenta grados Roamur...

El aspecto de la concurrencia recuerda los buenos tiempos de las máscaras; no solo se viene disfrazados, sino vestidos... Aquí tiene usted todo el guardarropa de los teatros: moros, templarios, griegas, manolas, escoceses, isabeles de Inglaterra, Franciscos primeros, Moctezumas, Reinas Católicas, puritanos, Federicos, Raqueles y Semiramis, andan amigablemente del brazo, ó polkan que se las pelan, ó se ponen como hoja de perejil si llega la mano.

Estas espléndidas máscaras, varones y hembras, son la parte peligrosa del baile... Porque observe usted que los Federicos, los templarios y los Moctezumas son también mujeres disfrazadas de hombre! Yo sé de un amigo mío que logró fijar la atención de una de esas máscaras ilustres, y consiguió á fuerza de muchas instancias (las instancias fueron de él; y lo advierto... porque también ellas suelen instarle á

uno), consiguió, digo, llevarla al ambigü.

«Pido algo...» exclamó mi amigo. «Era la una de la noche.

«Mozo, ¡hay puchero!» preguntó Isabel de Inglaterra.

A las dos menos cuarto nadie ve más allá de sus narices. Se ha bebido, se ha perdido la cabeza á fuerza de bailar, se ha dado el alma al diablo, se ha obtenido la cita, se han marchado las tapadas decentes, se han confundido en un vértigo febril la mentira y la verdad y las caretas son inútiles, y los respetos sociales una farsa, y los desconocidos se tutúan, y las feos parecen hermosas; y todos gritan, todos bailan, todos sueñan, todos reducen el pasado y el porvenir á aquel instante pasajero de locura y fascinación.

«¡Hayamos, amigo mío! huyamos de esta jaula de monos.

P. A. ALARCÓN.

Alegría y miseria.

1866

Tal estudiante de veterinaria, que no se creía con valor para coger una guitarra y sentarse á la puerta de una iglesia en los tiempos normales, llega el Carnaval y se abraza á un figle monstruoso, y pide limosna á trompetazos.

Tal otra coidad, que ayer desplegaría por aparato una serie de resistencias y negativas en el dintel del ambigü de Capellanes, hoy, á falta de otra cosa, aceptará en Paul un panecillo y un chico de Caribena. Esos infelices que, mustios y fatigados, se estacionan en las esquinas vestidos de pajecillos ó de marineros, y tienden la pandereta á los balcones, no buscando una sonrisa, una flor ó un furtivo y perfumado billete de una hermosa, sino una pieza de veinticinco céntimos; esas pobres mujeres que han escatimado de su más que frugal almuerzo la media docena de reales del alquiler del dominio, y bailan entre una atmósfera de polvo y miasmas mefiticos, con el estómago ayuno y el pensamiento puesto en el todavía problemático beestebé con patatas; toda esa turba de gentes que se mueve alrededor del Carnaval como en torno á un negocio, más que otra cosa, inspira compasión.

Ni su música divierte, ni su danza fascina, ni sus bromas agradan. Como la nota pedal del piano en una atronadora sinfonia, en el fondo de toda esa algazara, esa animación y ese bullicio, se oye monótona y constante una palabra que en vano trata de disfrazarse, miseria! La careta en estas ocasiones es como la placa de metal y el número que autoriza á implorar la caridad pública sin temor de ser llevado á San Bernardino.

GUSTAVO A. BECQUER.

Caretas y mujeres.

1865

Las bromas empiezan en el paraíso: el primer disfraz es una hoja de parra.

Desde entonces la careta es indispensable.

La careta no es siempre un pedazo de cartón ó de tela que cubre el rostro; usualmente es un rostro que cubre un alma...

La historia no es más que una serie de bromas más ó menos pesadas.

La diferencia que hay entre el Carnaval del mundo y el Carnaval del año, consiste en que en el primero se finge la formalidad y en el segundo se finge la locura...

Cuando una mujer, después de haberse embromado mucho, se quita la careta, decimos: «¡Qué torpe! ¡Y no la he conocido!»

¿Qué sucede en un baile de máscaras? Nada extraordinario.

Que el padre no conoce á su hija, ni el marido á su mujer, ni el hermano á su hermana, ni el amigo á su amigo.

Pues bien; eso mismo sucede en el mundo...

La abundancia de las máscaras puede medirse así:

No hay cosa que no sea más cara.

Las sillas del Prado más caras.

Las entradas de los teatros más caras.

Las berlinas más caras.

Las caretas más caras.

Algunas bromas muy caras...

Carnaval: esta es una época del año en la que debe suceder algo muy vergonzoso, puesto que todos tenemos particular empeño en taparnos la cara.

Desde el momento en que una mujer resuelve echar sobre su pudor el velo de una careta, empiezan á temblar el padre, ó el marido, ó el hermano, ó el amante, á no ser tiembien todos á un mismo tiempo.

Una mujer que oculta su semblante detrás del velo de la mantilla, inspira respeto; puede ser por comodidad, lo cual es indiferente; puede ser por pudor, lo cual es respetable, y puede ser por tristeza, lo cual es más respetable todavía.

Una cara tapada en Carnaval, representa todo lo contrario: no es comodidad, no es pudor, no es tristeza.

Un velo y una careta son dos cosas que tienen un solo uso: ambos sirven para tapar la cara.

Guiados por estos distintivos, podríamos pensar que una máscara y una monja vienen á ser una misma cosa.

En efecto: ambas ocultan el rostro debajo de un pedazo de tela; solamente que la una lo hace por austeridad y la otra por placer.

La una se oculta; la otra se enseña.

La primera lo hace porque se avergüenza; la segunda por no avergonzarse.

Políticamente considerada la cuestión, la careta es un derecho que han conquistado las mujeres para poder ser libres.

Viene á ser la barricada, detrás de la que, haciendo fuego con los ojos, se conquistan el bien supremo de la libertad.

Ellas no quieren más cadenas que las de sus relojes, ni más lazos que los de sus vestidos.

El matrimonio es un yugo, los hijos un tributo, el padre un despota, el marido un tirano.

Conveníamos en que para pensar todo esto, lo que llegue á pensarlo tiene necesidad de taparse la cara.

De otro modo, se avergonzaría.

Es un derecho que no se atreven á reclamar bajo su firma, esto es, bajo su cara, porque la cara es la firma de la mujer.

Las mujeres quieren ser libres, y los hombres se despepitan por vestirse de mujeres.

Me asalta de repente una consideración.

No es el espíritu muelle y afeminado de la época el que empuja á los hombres hacia el guardarropa de las mujeres, no; la causa es otra: debe de ser un golpe maestro de su instinto; es que se preparan contra la contingencia de lo por venir. Ellos han debido caer en la siguiente cuenta:

El día que las mujeres sean libres, ¿quién se atreve á ser hombre?

JOSÉ SELGAS.

EL CARNAVAL

1894

En herviente y confusa algazaría, Relámpago de fiebre y de locura, Bajo el disfraz de la careta oscura ¿Quién sabe lo que escondo la alegría!

No me acustas! La alere hipocresía es artera, y satánica, y perjura; pero del antifaz en la clausura no vivo más que lo que vivo en día!

Roid, gritad sin límites ni tasa; bajo los pliegues de conculante seda gozad, ilusos, vuestra dicha escasa:

Que en pos de la extinguida polvarada es mucho más terrible que el que pasa el Carnaval eterno que se queda!

ANTONIO GRILO.

LA CARETA DE CARNE

HISTORIA DE CARNAVAL

Eduardo es un pintor que honra á esta España, patria al presente del arte de la línea y del color. Su última obra, que mereció el primer premio en una Exposición Universal, fue el asombro del mundo inteligente. Representa la muerte de una muchacha de mal vivir en un baile de máscaras.

La decidida era ante la mesa en que cenaba alegrementó en la mala compañía de su amante de aquella noche; la rotura de un anoriano le produce la muerte instantánea. La agitación de la fiesta, la atmósfera insalubre, el hedor de la crepsión, la hartura de la cena, el mareo de la borrachera, la rifa con el querido, la envidia de la rival, la perpetua convulsión de su oficio, ¡quéisá sabed cualquier causa física ó moral, ó seas y otras alidas, ha determinado el fin de su enfermedad cardíaca. Va disfrazada de monja novicia, figurando la Doña Inés d' Ulloa, del Tenorio. ¡Monja y novicia allá! ¡Ni en una mascarada pudo acabar su papel!

Aparece medio caída de una silla, con los brazos rígidos y las manos crispadas; en la izquierda tiene la careta que se ha quitado del rostro al sentir la sofocación del mal, y con la derecha oprime aún la copa vacía con que iba á brindar á su amante. El vino se ha vertido sobre el traje, manchando su blanca virginal, como ella la manchaba por dentro.

Rodóla un grupo de máscaras, compañeros de orgía. Las caretas de muecas barlotas han caído ante la muerte y son sustituidas por caras vivas, de horror las unas, de repugnancia las otras, de contrariedad macha: ninguna de caridad ni de dolor. Solo hay una cara verdaderamente triste: la del mozo de servicio, que teme por el pigo de la cena, dudoso ya en aquel trance y rebalicio.

Para contraposición del cuadro, las máscaras de las mesas vecinas, no enteradas todavía del suceso, indiferentes á él, ó tomándolo por simple caída de boodo, continúan bebiendo, alborotando, riendo y cantando; y más lejos, en el salón del teatro, la turba de todas las razas y de todos los tiempos, baila con apretadas que parecen abrazos, á compás de una música que suena á besos. En suma: la visión de la muerte que toma asiento en la orgía, como momento terrible, y el espectáculo y ejemplo de la prostitución que muere sola entre molcos conocidos y ningún piadozo, es decir, en el gran desierto de todo el mundo.

La composición, el ambiente, el dibujo, el color, las figuras que llenaban el cuadro, y las almas que salían á las figuras, todo era una maravilla de arte. Sobresalía singularmente el rostro de la muerta, por un indefinido prodigioso expresión. Como la angustia de la muerte verdadera había sorprendido repentinamente á la alegría falsa de la vida avesturera, había quedado en beso eterno

y contacto perpetuo en aquella boca la última muestra de la máscara y la primera muestra de la muerte, y en aquellos ojos la última luz del placer y la primera sombra del sepulcro.

El secreto de este milagro de expresión artística, no era otro sino el mismo secreto de la historia trágica del pintor, la cual es como sigue.

Eduardo adoraba en su esposa María, y María adoraba en su esposo al pintor. Entran en el cuarto año de su felicísimo matrimonio y Eduardo empezaba por entonces a pintar su cuadro, *Jesús famoso*, destinado a la Exposición Universal. Los esposos no eran ricos; pero aunque lo fueran, el amor de la gloria les llamaba más que el afán de la riqueza y ambos tenían puesta su única alma, común de dos, en aquel lienzo en el cual él por la palpación secreta del artista, y ella por la intuición segura de la mujer enamorada, adivinaban, o mejor que adivinaban, veían la gloria definitiva del pintor y el bienestar futuro del matrimonio. La fiebre de la obra los enardecía tanto como las desesperanzas; la prisa de acabarla bien y a tiempo dentro del plazo, ya corto, para la presentación de los cuadros al certamen. Para no perder minuto, porque algunos y aun horas enteras perdía Eduardo en su casa rodeado por el amor de su mujer, resolvió ésta acompañarlo diariamente al estudio. De esta suerte ella le animaba al trabajo y él no encontraba en ociosidades amorosas las mejores horas de luz; porque teniendo a su María y su cuadro a la vista y a la mano conseguía por entero las dos a sus amores dadas.

Y así se estaban de sol a sol, el pintando, ella estimulándole y ambos adelantándose. Pero cierta mañana fría, la pobre enamorada sintió cansancio y fatiga al subir por la escalera del estudio, larga y pesosa como escalera de gloria.

Al día siguiente sintió más abogo, y al tercero, como el abogo no desaparecía y la calentura le acompañaba, el médico le prohibió no solamente ir al estudio, sino también dejar el lecho. Y en tal punto comenzó el cuidado del matrimonio y el desahogo del cuadro.

Mientras María estaba enferma, Eduardo la asistía muchas horas y las pocas que dedicaba al trabajo, eran casi perdidas para él, porque el artista pensaba más en su mujer acaudada que en su obra presente y trabajaba en frío, distraído y como maquinalmente, habiendo de borrar y corregir por la tarde lo que hacía por la mañana, y a la otra mañana lo que había hecho en la tarde anterior. De manera que el cuadro no andaba mientras corría el tiempo parentético para la presentación.

Es de advertir que María pidió al médico claridad para declararle a ella sin rodeos su padecimiento cardíaco, y piedad para ocultárselo a Eduardo, a fin de no portarle en su trabajo.

Eduardo, en efecto, supo solamente que su mujer padecía la dolencia de todas las mujeres miradas; el mal necesario de los nervios, con los cuales se padeció; pero sin los cuales no se vive.

—Voto, Eduardillo, voto al estudio, que el cuadro no se acaba sin ti, y mi enfermedad puede acabarse sola,—decía todas las mañanas la mujer, echando de casa al marido.

—¡Eh! Esto va bien; hoy me siento mucho mejor y más fuerte—dijo una mañana a Eduardo, presentándole a la vez la boca charlatana y sonriente como antes de la enfermedad.—Tan mejorada estoy, que prometí acompañarte desde mañana al estudio, si tu me prometes no venir hoy a casa y trabajar con el brío de quien no tiene penas por delante.

—¡Tan buena te hallas! Pero eso es un milagro repentino!

—Ni milagro ni repentino. Desde estos días últimos sentía yo esos avisos de la salud, así como ganas de ponerme buena y necesidad de acompañarte.

—Pues no me lo has dicho.

—Por si no podía hacerlo, porque la esperanza fallida le hubiera abatido más que el mal esperado.

—¡Con que te sientas tan animada!

—Como que voy a almorzar contigo; quiero tener fuerzas para mañana ¡Eh! trato hecho. Promesa por promesa.

En efecto, María, saliendo al comedor, almorzó con apetito y bebó con alegría.

Y Eduardo cumplió también su oferta, trabajando hasta que faltó la luz del sol.

—¡Has trabajado bien!

—Bien y mucho; he adelantado en un día más que en todos los quince últimos. Tu salud es mi inspiración y tu amor mi vida.

—Pues esenta con ambos. ¡Y cuántos días necesitas para acabar!

—Según y conforme: si estás buena, ocho me bastan; si estás mala, todos me sobran.

—Pues acabas en ocho días.

Y así como Eduardo había cumplido su promesa, María ejecutó su sacrificio y fue al estudio.

—¡Parece que te fatigas!—le dijo Eduardo en lo alto de la escalera.

—Naturalmente; esta es mi primera salida, y además había perdido la costumbre de estas necesidades. Las piernitas son fuertes o flojas, según se las educa. Ya voy mañana.

La heroica mujer pasó aquel día ocho horas charlatando, riendo, cantando y revolviendo los trastos, antigüallas, bocetos y libros del estudio, mientras su marido pintaba con el amor y la fe de ese trabajo que no es trabajo, sino goce creador cuando labra la gloria y el provecho propio. Corregía con acierto, despertando aquellas figuras del adormecimiento que habían llevado a ellas las tristezas anteriores. Sobre todas resultó portentosa la cara del borracho que en una mesa cercana al suceso roía y cantaba como si estuviera a cien leguas de la muerte. Aquella era la alegría misma; toda la que Eduardo tenía dentro de su alma se había salido al lienzo.

Por la noche, María sintió opresión en el pecho, palpitaciones y punzadas en el corazón. No pudo pegar los ojos; pero los cerró cuando vio dormido a su marido, para que la considerara dormida; y lo hizo con tan prolongado fingimiento que Eduardo tuvo que despertarla.

—Has dormido mucho, por lo que ves.

—Y me halla tan bien y tan descansada que ahora mismo te vas a trabajar; es necesario que esto acabe pronto, muy pronto.

—¡Pero no me acompañas!

—Sí; pero he pensado que almorcemos en el estudio, para ganar tiempo... Te vas delante de mí y yo iré a llevarme el almuerzo, como las buenas mujercitas a los obreros de la calle.

Eduardo pasó por bueno el engaño y se fue al estudio, María, conociendo que no podía subir las escaleras de un tirón, quería que su marido no presenciara las angustias y las piradas que le costaba la subida. Salio con un criado y, tomando reposo de cuatro en cuatro peldaños, tardó media hora en llegar arriba, pero llegó aparentemente tranquila a la presencia de Eduardo.

La farsa del almuerzo se repitió algunos días más, y en ellos quedó el cuadro casi concluido.

Faltaba únicamente un pormenor interesante, pero de poco trabajo material: cuatro pinceladas, que podían darse en cuatro minutos, porque no procedían del tiempo, sino de la inspiración. Tratóbase de la cara de la muerte; menos aun que de la cara; solamente de los ojos y de los labios, en los cuales era preciso poner algo que no se encontraba. Habíase de imprimir en ellos, en conjunción visible, la última alegría de la máscara y la primera angustia de la muerte, unidas por la sorpresa del golpe instantáneo, a la manera que sucede con los guillettinos, cuyos ojos y cuyas lenguas suelen moverse y seguir hablando después de separados del cuerpo por la rapidez de la escobilla.

El pintor hacía y deshacía, y se desesperaba, sin dar con el secreto de la expresión.

—Hay para volverse loco—decía.—¡Maldita insuficiencia del arte! Ve lo que hay dentro y no ve lo que hay fuera.

—¡No te obedeció el pincel!—preguntaba María.

—No me obedeció la inspiración.

—¡Oh! Si esto se hiciera un día, desde ahora aseguro yo que a la inmensa mayoría no los reconociera la madre que los parió.

Si uno dice, por ejemplo: «De lo inmoral no me asusto, ay a mí sabor lo contemplo; seon muchísimo más gusto voy al teatro que al templo.»

«Tacho a los demás de impíos, y hablo de sus desenfrenos para encubrir yo los míos, porque tengo varios «diox» muy ocultos... ¡pero buenos!»

«Como podría la gente, después de esta confesión, conocer al que, inocente, tiene por santo varón, moralista intransigente?»

Si otro dice, *verbi gratia*: «Yo, que se firmar apenas, soy con la mayor audacia por mis obras ajenas sin desportar suspicacia; y cuando me oigo aplaudir y llamar hombre de pro, me dan ganas de reír, porque ni yo sé escribir, ni Cristo que lo fundó.»

«Como la gente podría reconocer fácilmente al que celebra a porfia, como escritor eminente, monstruo de sabiduría?»

Si el grajo, ya proverbial, se presenta como tal, sin las plumas que sustrajo, quien lo admiró pavo real ¿podrá conocerlo grajo?»

Por influjos de Pateta, en este momento planeta son, burlando al más sagaz, cada cara una careta y cada traje un disfraz;

pues si cada cual mostrara sin composuras su cara, y en un público para cada uno se presentara con su verdadero traje, nadie se conocería; la broma resultaría completa y original, y de ese modo sería divertido el Carnaval.

Estas razones, lector, no tomes por chuchufetas, y atiéndelas, que, en rigor, el Carnaval *sin caretas* será el Carnaval mejor.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

COSAS DEL DÍA

El Carnaval es un chiste. Es la careta que descubrieron los humoristas en el fondo de la melancólica existencia del hombre.—Así lo define Larra.—Por eso no envejece el Carnaval, porque si el hombre muere, los hombres continúan.

Para Claudio Bernard, el Carnaval era la carne sin freno, el hombre sin tino, la humanidad sin razón; una locura peor que todas las epidemias. Y seguramente, decía, que el Carnaval ha hecho más víctimas que el cólera.

En las concepciones del estado primitivo, Hobbes encuentra el Carnaval como cosa anterior e inaugural del mundo. Aquel estado de guerra de todos contra todos, no es otra cosa que un verdadero Carnaval.

En estos días se disfrazan lo que siempre se muestra como es; la muchedumbre. Y pierden sus caracteres de espontaneidad.—En cambio, se disfrazan también lo que no es muchedumbre, y dice lo que siente, contra todas las prácticas y todos los usos de su vida.

La sociedad entera, al mismo tiempo, autoriza el anónimo, legaliza el pasquín, absuelve la injuria, rie las ofensas, exalta el vicio, da pasaporte a la licencia y tiene la moral sujeta a las setenta y dos horas de la prisión preventiva.—Y todo esto quizá sin que haga falta el Carnaval para oprimir y vojar al inofensivo, ni para maldecir al afortunado, ni para olvidar al pobre, ni para engañar a nadie.

Después de esa agitación hirviente queda un eco profundo, indescriptible, ramoroso, que cede, que se extingue, que se apaga, que se pierde, que se va.

Como el humo que sube con aparato y se disipa. Como el cohete, dice un clásico, que tocado de la chispa, asciende con infusas de rayo, se ostenta como estrella en los confines de las nubes y con confesando en polvo las ridículas bravatas del papel.

En un baile de máscaras, la entrada tiene algo de ceremonia y mucho de misterio.—Los trajes están relucientes; las caras, frescas; las flores, vivas. Detrás de las caretas, hay fuego en las miradas, rubor en las mejillas y miel en los labios; y bajo el disfraz, latidos en el corazón, dadas en la frente y afares en el alma.

La salida del baile es un desencanto, una desdicha, una catástrofe.—Las caras al amanecer están pálidas; las mejillas, ajenas; las flores, marchitas. Por aquellos rostros ha pasado una noche; por aquellas almas ha pasado un infierno.

El chiste se acaba a la luz del microscopio de Conza. La última frase es bien conocida. La retiraremos un día más.

Una vendedora de billetes le preguntó a una máscara: «¿Querria tomar la señora un billete de la lotería?» Y le contestó la aludida: «No temo nada; porque ya han dado las doce... y ayuno.»

Lo más decente del Carnaval es la careta, esa hoja de parra de la desvergüenza. Lo que atenúa el cinismo de la licencia corriente.

La magna Grecia convirtió la careta en una botina, y se daban las bromas a largas distancias. La civilización moderna, que todo lo aproxima; lo que se anda con el ferrocarril, lo que se escribe con el telégrafo y lo que se habla con el teléfono, ha aproximado también el conocimiento de lo que se siente, y con la careta de raso se puede decir al oído de todos, todo lo que se lo quiero decir a todo el mundo.

Lo instintivo no muere nunca, por eso no acabará nunca el Carnaval; y esta careta da con que se solaza la gente una vez al año, será siempre un consuelo para aquella máscara de Alfredo de Musset, que bien pudiera ser el hombre, o bien pudiera ser la humanidad entera, que tenía, según el poeta, el mas de mayo en el semblante y el mas de mayo en el alma, y una cabeza ó un aparato sobre los hombros que se parecía a una chimenea vieja; que sonaba a hueco, y que no guardaba más que viento y cenizas.

C. SOLSONA.

NOTA AL PÚBLICO

Como ocurre siempre en todas las publicaciones periódicas, los lectores no podrán menos de observar algunas deficiencias en este nuestro primer número ilustrado, ya por lo difícil de combinar multitud de pormenores, ya también porque todo lo nuevo viene a constituir casi un ensayo.

Confiamos en poder subsanar cualquier falta de perfección en que hayamos podido incurrir, y que los números posteriores tendrán superioridad sobre el presente.

Nos proponemos en estos números publicar los retratos de todos los alcaldes de las capitales de España y de algunas de sus ciudades más importantes.

También en esta galería irán entrando los hombres importantes de las distintas esferas de la vida nacional.

Para no dar preferencia ni establecer categorías, empezamos hoy por los alcaldes de Vitoria y Segovia.

El número presente, como todos los demás que publicaremos cada quince días, con páginas en cromotipia, tendrá por precio para el público

15 CÉNTIMOS

Los números atrasados para formar colección

25 CÉNTIMOS

SOPLAR LA DAMA PANTOMIMA DEL TIEMPO



NUESTROS PRIMEROS.

Alcalde de Vitoria

Don Fermín Odón Apraiz y Sáenz es la segunda vez que desempeña la Alcaldía de la capital alavesa, donde su gestión administrativa fue de prácticas y honjeras resultados.

Comerciante arribalado ha sido mucho tiempo Director de la Caja de Ahorro y Monte de piedad y como político es el fundador del partido liberal dinástico de Alava, cuya presidencia ha desempeñado hasta el año 1892.

Doctor en Filosofía y Letras, explica en el Instituto elocriano la cátedra de Retórica, habiendo sido presidente del Ateneo científico-literario.

Consciente y activo liberal y querido de todos sus convecinos, ha de trabajar mucho en pro de los intereses locales de la ciudad cuyo Ayuntamiento preside.



D. FERMIN ODON APRAIZ.

Alcalde de R.O. de Vitoria



D. EULOGIO MARTUÍ HIGUERA.

Alcalde de R.O. de Segovia.

El Alcalde de Segovia

Médico distinguido, periodista de conciencia y liberal de abolengo, Don Eulogio Martíu Higuera es un Alcalde de quien espera mucho el pueblo segoviano.

Muy joven, pues apenas cuenta veinte y nueve años, ha sido durante cinco, director de *La Legalidad*, siendo su principal objetivo en sus artículos escribir la prosperidad y engrandecimiento de la ciudad en que nació.

Para los segovianos ha de ser muy provechoso el paso del Sr. Martíu Higuera por la Alcaldía de la heroica ciudad de Juan Bravo.

VENANCIO VAZQUEZ
GALETTAS Y BIZCOCHOS
MADRID. Chocolates y Café

GRAN BAZAR DE LA UNIÓN
Mayor 1, MADRID.

OLD BRANDY
JIMENEZ & LAMOTHE
MÁLAGA & MANZANARES

ESPECIALIDAD EN ABANICOS ARTISTICOS ANTIGUOS Y MODERNOS
A. L. SERRA
16 Caballero de Gracia y Carreras 5
MADRID

COMERCIO DE ULTRAMARINOS
Valentin Martin
8 Preciados 8
MADRID.

PERFUMERIA INGLESA
S. ROMERO VICENTE
Carrera S. Gerónimo 3. MADRID.

VINO DE BUGEAUD
TÓNICO-NUTRITIVO
Venta al por Mayor: **P. LEBEAULT & C^{ie}**
5, Rue Bourg-l'Abbe - PARIS.

ELIXIR, POLVOS Y PASTAS DENTIFICIOS
RR. PP. BENEDICTINOS
DE LA ABADIA DE SOULAC (FRANCIA)
MEDALLA de ORO BRUSELAS 1880
MEDALLA de ORO LONDRES 1884
Casa fundada en 1807 - Agente general **A. SEGUIN**
108-109, rue Croix de Segovie, BUREOS (FRANCIA)